

## **ACTO DE ENTREGA DEL DIPLOMA DE PROFESOR EMERITO AL DOCTOR ADOLFO RUIZ DIAZ**

El 10 de noviembre de 1986, en un acto solemne en la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad Nacional de Cuyo, el señor Rector de la Universidad entregó al doctor Ruiz Díaz su diploma de profesor emérito. En dicho acto se escuchó la palabra del señor Rector, licenciado Luis Triviño, de los profesores doctor Carlos Orlando Nallim, Luis María Muñoz, Bettina Ridois y, por los alumnos, de la señorita Stella Marys Ballarini. El señor Decano, profesor Miguel Verstraete, entregó al doctor Ruiz Díaz una medalla recordatoria.

### *Palabras del señor Rector, Licenciado Luis Triviño*

El señor Rector inició su improvisación destacando que vivía uno de los momentos culminantes de su carrera académica. Para él, en efecto, entregar al doctor Ruiz Díaz el diploma de profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo tenía un significado trascendente, preciso. Porque Ruiz Díaz, insistió, encarnaba a su entender, por antonomasia y constante relieve, la figura del maestro en el más cabal y enérgico sentido del término. La suya es una vocación docente que no reconoce pausa. Ruiz Díaz, añadió, enseña siempre. Podía afirmarlo por experiencia. No sólo enseña desde

la cátedra, desde la mesa del conferenciante, en respuesta a las consultas que su vastísima cultura afronta con soltura. Enseña en la conversación ocasional y sigue siendo, sin alardes, un maestro en los encuentros amistosos, en rueda de amigos frente a una taza de café o saboreando una copa de buen vino.

Porque eso, concluyó el licenciado Triviño, es el maestro. Alguien que más allá del trabajo diario o de los escritos -sería redundante encarecer una vez más los méritos de Ruiz Díaz- es capaz de transmitir, precisar y ahondar en cualquier ocasión cualquier tema que salga al paso. Por simple acto de presencia, con la palabra o también con la elocuencia del silencio.

El hecho de que Ruiz Díaz permanezca de ahora en adelante en la Universidad como profesor emérito implicaba, finalizó, que alguien de su valor no se apartaría de la enseñanza. Que seguiría ejerciendo, ojalá que fuera por muchos años, la vocación fecunda de una vida a la cual le estamos agradecidos.

*Palabras del Prof. Dr. Carlos Orlando Nallim*

Hace ya muchos años que nos conocemos. Llegó a nuestra Facultad en 1953, cuando yo terminaba mis estudios del profesorado. Desde ese momento, tácitamente convinimos en que mucho teníamos que decirnos. Y así fue. No mucho tiempo después, el joven profesor llegado de Buenos Aires era designado Director del Instituto de Literaturas Modernas, que recientemente había sido organizado por el Dr. Manlio Lugaresi. Había mucho que hacer, los planes eran abundantes, la gente estaba inquieta. El nuevo Director, ponderado, perspicaz.

Hoy, tras treinta años ininterrumpidos en la Dirección del Instituto, podemos afirmar que Adolfo Ruiz Díaz se impone con una labor fructífera, casi silenciosa, cabalmente seria, propicia para la gente que haya querido y quiere trabajar. Amante de los libros, respetuoso de los demás y de su libertad, coordinador de grupos de trabajo libremente

formados, guía de los iniciados, orientador de los ya formados, investigó, investiga, predica con el ejemplo. Su dirección hábil y suave ha presidido durante tres décadas una tarea rigurosa, científicamente fundada y arraigada estéticamente.

En tiempos de bonanza supo alentar una cantidad de publicaciones. Cuando los tiempos restringen los medios, centra lo notable de las especialidades en un anuario que ya se apresta a publicar el N° 20: la *Revista de Literaturas Modernas* que, con sus Anexos, es internacionalmente reconocida. En ella la Teoría Literaria, Literatura Argentina, Literatura Iberoamericana, Literatura Española, Literatura Italiana, Literatura Francesa, Literatura Inglesa y Norteamericana y la Literatura Alemana conforman, a través de las colaboraciones del personal de las distintas Secciones del Instituto, una verdadera muestra de lo que puede el trabajo continuado y fértil.

Adolfo Ruiz Díaz, rebasando el ámbito del Instituto de Literaturas Modernas, se erige también en figura sobresaliente de la Facultad. Fue Decano, Vicedecano, Consejero, Presidente de importantes Comisiones. Pero su liderazgo es más amplio y, quizá, más difícil de explicar aunque tangible y extraordinario. Es que el mejor diploma que enaltece la figura de Adolfo Ruiz Díaz es el de maestro. Colegas y alumnos alguna vez nos hemos sentido tocados por su magia. Su presencia, su palabra, su consejo, su amonestación, su felicitación, resultado de una fuerza extraordinaria que en él habita, que de él fluye. Pero a poco andar nos damos cuenta de que, más que de misterios, se trata de una personalidad fuerte, enraizada en el saber y el saber hacer.

Es un hombre benévolo. Su benevolencia le permite acoger condescendentemente a su prójimo, interesarse por lo que el otro desea, facilitar el interés de los demás, con buenas palabras incitar a la confianza en un ambiente acogedor y grato.

Su saber es compendioso y profundo y si lo calificamos de sabio es porque sabe unir al espíritu investigador una curiosidad siempre alerta, una paciencia incansable, una imaginación creadora de relaciones imprevistas. Fue el severo y astuto Renan quien, casi irreverentemente, dijo

alguna vez que "el sabio y el profesor difieren tanto como el fabricante y el distribuidor". Ruiz Díaz, reiteramos, es un hombre sabio.

Ruiz Díaz profesor-agudezas de Renan aparte-ha sabido beber en las fuentes del saber, profunda y ordenadamente, como lo requiere un espíritu científico, que se asienta sobre todo en cualidades morales. En él admiramos, más que el posible genio descubridor, su aptitud para pensar científicamente. Creemos que el verdadero "espíritu científico" se compone de amor a la verdad, de conciencia intelectual y de una gran voluntad para respetar los límites de la razón.

Nos referimos a la verdad que informa y forma, pensando que una universidad sin amor a la verdad no es tal, aunque el invocarla implique desasosiegos y hasta peligros, aunque se advierta -y lo decimos con palabras de Baltasar Gracián- "que la verdad en la boca es muy dulce, pero en el oído es muy amarga". Por su amor intenso a la verdad, Adolfo Ruiz Díaz es un universitario cabal.

Hoy la Universidad Nacional de Cuyo lo gratifica declarándolo profesor emérito. Que esta distinción con que culmina su carrera universitaria también sea base de una labor que se continúe en el tiempo. Usted, amigo, lo dijo muy bien alguna vez en el calor intelectual de alguna de nuestras conversaciones y luego, con lucidez, lo escribió en uno de sus libros: "Pico (Pico della Mirándola) creyó que el hombre consiste ante todo en una posibilidad abierta, en una tarea por cumplir cuya única pauta preestablecida le viene de Dios como un mandato de ser haciéndose a sí mismo. Esta entrevisión genial, más allá de cualquier antecedente que puede y debe señalarse, se completa con una decisión de ponerla en práctica mediante un llamado a la paz y a la concordia".

Dios -el de Pico, el mío, el suyo- le dé muchos años de vida y, como siempre, juventud, anhelo de estudio, deseo de enseñar. Sus colegas, sus discípulos, los discípulos de sus discípulos, sus amigos todos así lo pedimos.

*Palabras del Prof. Luis María Muñoz*

Hay en el hábito de las reuniones como ésta, que se proponen rendir un homenaje a alguien en marcos institucionales, una dificultad muy grande: porque teniendo mucho de académico, rebasan lo académico enseguida, por aquella pretensión inevitable de dar cuentas, pasar revista, reducir o condensar toda la trayectoria de una vida y una obra en unas pocas "notas esenciales". Esto es un despropósito, una desmesura, y Adolfo Ruiz Díaz lo sabe mejor que nadie.

Hace aproximadamente veinte años, nos decía en su trabajo *Goya visto por Ortega*, sobre lo que pueda ser la concepción total de la vida de un hombre: "Vivir consiste en ejercitar elecciones sobre un contorno que nos es impuesto", lo que había precisado unas líneas antes, diciendo: "Cada vida humana es una interpretación de sí misma que obra a partir de proyectos y que pugna por realizarlos frente al manido de facilidades y dificultades que despliega la circunstancia. El verdadero yo de un hombre no son su cuerpo ni su alma. Cuerpo y alma son cosas con las cuales trato de vivir y realizar mi vida. Sólo medianamente me identifico con el uno y la otra. Antes están los proyectos a los cuales pongo cuerpo y alma: está el proyecto de ser alguien único, yo mismo, que orienta mis elecciones, que mide en la soledad de cada cual lo que es triunfo o fracaso, autenticidad o claudicación".

Así, sólo con gran incompetencia pudiera yo pretender que estas pocas palabras fueran representativas de la vasta y rica trayectoria de Ruiz Díaz, por lo que revierto sus palabras y me detengo frente a lo que a todos nosotros nos está vedado y sólo es patrimonio de él.

Me voy a referir a muy poco. De la amplia gama de sus preocupaciones intelectuales, quiero destacar lo que creo que es la perspectiva de su reflexión en el campo de la estética, su modo personal de comprender, de apropiarse del universo del arte, dejando aparte otras vertientes de su obra como las de cuidadoso traductor, filólogo, crítico de arte, plástico y siempre dispuesto participante de todas

las ocasiones en que la sociedad mendocina le pidió su desinteresada participación en acontecimientos culturales, mesas de trabajo, discusiones.

Ruiz Díaz ha abordado, creo, como constancia, el mundo de las producciones del arte, desde la perspectiva de la figura recortada del artista como proyecto vital inscrito en una determinada circunstancia histórica, ha visto al artista luchando por establecer una cierta forma de ser hombre en una sociedad determinada, en la trama de su tiempo propio. Y en este caso no se trata ya de la búsqueda de aquello personal o íntimo a que aludimos recién, sino de lo que dibuja una configuración visible, para los otros, de una cierta forma, o sea, que la indagación se sitúa en otro plano. Esto le ha llevado a trabajar con la demora necesaria, con cuidado, y con su notable lucidez, en el desciframiento del sentido que atraviesa los diferentes tiempos históricos, el movimiento inquieto, plural, de las épocas relevantes para la comprensión de nuestro presente cultural. Así es como ha podido ofrecernos luminosos estudios de estética con -esto es lo que quiero destacar- una perspectiva netamente humanística, viendo siempre al hombre como protagonista que produce arte. Menos interesado por un análisis de la obra separada de su productor, se acercó, penetró, en el proceso de la creación y así nos ha mostrado a muchos grandes como Píndaro, Machado, Borges, Leonardo, Valéry, por mencionar unos pocos, sin olvidar que su incansable memoria a menudo ha rescatado para nosotros figuras menores pero entrañables, recuperándolas de los descuidos que impone el apurado modo de vivir contemporáneo.

Al recorrer las diversas posibilidades de ser hombre como artista, entramado en una determinada época, al insistir sobre ese proyecto vital con que el artista aborda y configura su circunstancia, nos ha recordado que aquellos grandes lo que se propusieron fue un arte que instaurara una forma de conocimiento de la realidad, una avanzada sobre el contexto de la comunidad, de la cultura vigente, de manera de mostrar a una época su propia imagen, la imagen de su mundo. Así, en el estudio sobre el *Arte poética* de Borges, en el que campea su habitual capacidad para

condensar en poco espacio escrito penetrantes interpretaciones, ve el trasfondo platónico del poema borgiano y destaca los versos que dicen que "el arte debe ser como ese espejo que nos revela nuestra propia cara". Es decir, que no se trata del narcisismo de un artista que se contempla a sí mismo, sino todo lo contrario: se trata de un arte que avizora lo que está en los otros, que sensibiliza sobre aquello que configura el mundo de una época, todavía sin ser visto, y lo deja aflorar, de modo que el creador, lejos de revelarse a sí mismo, es él mismo nadie, porque es todos los otros: espejo para otros, abierto y revelando todas las posibilidades de ser hombre, como en Shakespeare.

Esta es la posibilidad del ser del arte que ha buscado y que ha mostrado con maestría Ruiz Díaz: la del que amplía los horizontes de comprensión de una época, de la historia propia y el contexto inmediato, en una palabra: la que revela y enriquece el mundo, descifrándolo a la vez.

En el trabajo sobre el poema de Borges, escribe: "No sé si una conclusión es indispensable. La formularé con brevedad y sólo para confirmar lo que he buscado en las páginas que anteceden. El *Arte poética* recoge con precisión admirable las convicciones fundamentales de la obra de Borges. Es el resultado de una vida consagrada a comprender y que sabe cuándo hay que detenerse frente al misterio. En este poema encuentro, además, una de las interpretaciones más profundas del tiempo de los argentinos. Espero que algún lector reconozca en estos versos lo que Borges declara como misión de la poesía. Siempre es una experiencia incomparable que un poema nos revele nuestra propia cara".

Quiero poner en relación esto apenas mencionado sobre su mirada sobre el arte, con una cualidad personal que pone Ruiz Díaz en su trabajo docente, de la que hemos disfrutado los que hemos tenido la fortuna de ser sus alumnos. Por los avatares de muchas circunstancias en las que se tiene que dar clase, aciagas como las de hoy en Argentina, suele ser raro, muy raro, que un profesor tenga capacidad para ensanchar el mundo de sus alumnos. Ruiz Díaz la tiene. No propenso a las fáciles clasificaciones, a las definiciones

o a los contrastes, entre comillas, "didácticos", que sólo logran violentar las realidades, Ruiz Díaz posee el don de sensibilizar, de descubrir para el alumno a un creador, una creación, una obra. No diciendo "aquí están, éste es el listado de los hombres", sino: "mire, mire por acá", "con él", "mire este mundo que se despliega acá..." A veces lo ha hecho con un solo gesto, o con muy pocas palabras, ofreciendo, a través del testimonio vivo de su propia participación empática con la obra de un creador, *la puerta*, el acceso que permite llegar a ellos.

El espíritu ya no emerge igual después de estas experiencias, se emerge de ellas con *un mundo ensanchado*, y esto es una de esas cosas que no se pueden llevar anotadas en una libreta o un cuaderno, ni se pueden extraer de un "banco de datos", por muy sofisticadas que sean las posibilidades tecnológicas del trabajo intelectual en nuestros días. Me pregunto cuántos profesores de Estética habrá con ese don, aquí, o en cualquier otro lugar del mundo.

Hay otro, otro don u otra capacidad, que no quiero pasar por alto: es su *posesión del lenguaje*. Valéry, refiriéndose a Mallarmé, decía que por la disposición de las palabras de sus poemas, se le ocurría, a veces, que Mallarmé había demorado su pensamiento sobre casi todas las palabras de su lengua. Creo que Ruiz Díaz ha hecho lo propio con la lengua española: su dominio lingüístico, puesto al servicio de la expresión de un pensamiento riguroso, le permite disponer de un enorme caudal de matices e inflexiones, y creo, con Aristóteles, que eso no puede sino revelar que se domina amplios espectros de realidad. Quien tiene capacidad para el matiz, para la palabra justa, la apropiada, quien no desbarra en la palabra desmedida, no puede ser sino alguien que ha afinado la capacidad de ver, de comprender y de disfrutar de un mundo ancho y profundo. No por otro motivo, seguramente, esta Facultad le pidió a él que escribiera y que hablara, en representación de la Universidad Nacional de Cuyo, con ocasión de la muerte de Borges. Ante un hombre como Borges, que asombró al mundo -como dijo Octavio Paz- por su cosmopolitismo y la universalidad de su cultura, rebasando los habituales provincianismos,



tenía que ser Adolfo Ruiz Díaz la persona que pudiera encontrar las palabras apropiadas para hablar en nombre de todos. El lo hizo, otra vez, con las palabras breves y justas, apropiadas. Por su capacidad para decir, para interpretar lo que su comunidad necesita que él diga, y por su voluntad para acceder a los requerimientos de su comunidad -esta Mendoza que él adoptó con generosidad y que mucho no le ha recompensado-, quiero darle las gracias, con el convencimiento de que es muy grande la deuda que todos nosotros tenemos con Adolfo Ruiz Díaz.

#### *Palabras de la Prof. Bettina Ridois*

Cuando me pidieron que hablara en este acto en representación de los egresados, me emocioné mucho, porque lo consideré un gran honor, y también me asusté, por temor a no poder expresar con palabras todo aquello que usted significa y lo que ha despertado en nosotros.

Pensé entonces en dos términos que, de algún modo, sintetizan lo que creemos y sentimos. Ellos son: felicitaciones y gracias. Felicitaciones por esta tan merecida distinción que nos llena de orgullo y dicha a todos los que lo conocemos y queremos; felicitaciones por tantos años de estudio y dedicación a la ciencia y el arte; por la perseverancia, firmeza y valentía a través de las dificultades; por el empuje sostenido y constante en los momentos de alegría.

Y gracias. Gracias de todo corazón por lo que sembró en nosotros, los que ya hemos egresado, cuando comenzó nuestra carrera, cuando en las clases de "Introducción" no éramos más que un montón de jovencitos asustados y asombrados ante ese mundo enorme que se nos mostraba. Y luego, al finalizarla, cuando con "Estética" podó y dio una forma más acabada a todo aquello que había crecido durante cinco años. Fue usted un labrador sabio y paciente que, con delicadeza y tolerancia, nos ayudó a echar raíces profundas, a creer, a dar frutos cada vez mejores y que hizo más intensa aún nuestra sed de conocimientos. Gracias porque, al permitirnos acceder a la riqueza de su alma y de su enorme anecdotario, nos dio y nos da también la oportunidad de

compartir su vida y la de todos los allegados a este mundo que tanto amamos: el mundo de la literatura.

Gracias por haber estado y por continuar entre nosotros, por lo que nos ha dado, y gracias, a cuenta, por lo que va a seguir dándonos.

*Palabras de la señorita Stella Marys Ballarini M.*

Existen ocasiones en que ciertas palabras testimonian o iluminan ciertas cúspides de trayectorias profesionales. Existen otras, en las que la trayectoria profesional de un hombre supera todo posible y sincero testimonio. Nada hay que mis palabras puedan agregar a la trayectoria profesional del Dr. Ruiz Díaz, del profesor Ruiz Díaz; sin embargo, quiero detenerme brevemente en la oportunidad de dos palabras.

En primer lugar me refiero a una casi olvidada en nuestra época, quizás porque hoy no se encuentran muchos hombres a quienes conferirles su virtud semántica. Hablo de la palabra "humanista", felizmente cargada de sentido en este caso. Y hablo de este humanista cuyo punto de partida está constituido, antes de cualquier filosofía, de cualquier literatura, de cualquier pasión científica, por la condición sensible y por la calidad humana. Un hombre con vocación de humanista, que se relaciona estrechamente con su vocación de maestro, con su hacer de maestro. Y he aquí la segunda palabra que quiero resaltar: "maestro". Hablo de un maestro que ha formado discípulos destacados y que sigue detectando, acompañando, alentando el entusiasmo de nosotros, sus alumnos más jóvenes. Pero, por supuesto, dos palabras no abarcan su personalidad, aún habría que referirse a su sentido del humor, a sus anécdotas, a cada oportuno recuerdo de un poema o fragmento literario, a la serenidad de su voz, y siempre quedaría algo más. Siempre hay algo por descubrir, por valorar.

Es difícil recoger en mis breves palabras todas las expresiones de sus alumnos propicias para este momento. Difícil no caer en lugares comunes. Quizás lo más preciso

sea decir simplemente gracias, gracias profesor por su vocación de enseñar, gracias por su lugar en nuestros caminos que se introducen hacia la literatura y gracias también porque nos sigue dando un lugar en su camino.

*Palabras del Prof. Dr. Adolfo Ruiz Díaz*

No sé si a ustedes o a algunos de ustedes les pasa lo mismo. En las ocasiones capitales de mi vida he tenido, como ahora, la sensación de que se refieren a otra persona que, por mera casualidad, lleva mi nombre y apellido. Me pasó cuando allá en Buenos Aires mis profesores me dieron el título de doctor después de defender mi tesis. Fue igual cuando dicté mi primera clase en esta Facultad de Filosofía y Letras, entonces en un viejo caserón de la calle Rivadavia. Miraba las caras de los alumnos, oía una voz conocida hablar de Kant y, a pesar de mis esfuerzos, no acababa de convencerme de que lo que ocurría no era una ilusión o un sueño.

Quienes han tenido la bondad de precederme hoy han abundado en elogios acerca de un tal Adolfo Ruiz Díaz. Los acepto y me emocionan. Pero cometeré la impertinencia de corregirlos. La persona a quien se han referido no soy yo. Es alguien que me gustaría ser o, para no pecar de ambicioso, alguien a quien quisiera parecerme.

Pienso, con palabras de un escritor que admiro, que ningún destino es mejor que otro, pero que cada cual debe acatar el que lleva adentro. Mi único mérito es haber acatado mi destino de profesor y haber tratado de cumplirlo lo mejor posible. Si lo he logrado, no me corresponde juzgarlo.

La mitad de mi vida ha transcurrido unida a la Universidad Nacional de Cuyo. He conocido en ella buenos y malos ratos, sorpresas, alegrías, desengaños, y, como ahora, momentos que no olvidaré nunca. Por encima y más allá de tales hechos, queda algo menos efímero. Gracias a la Universidad Nacional de Cuyo y a nuestra Facultad he sido y soy hondamente feliz. He encontrado mi camino, he podido seguirlo y espero llegar al final sin cambiar de rumbo.

Hoy son mis colegas muchos que fueron mis alumnos.

Han colmado mis esperanzas. Quiero decir que me han superado y así han pagado con creces lo que pude enseñarles. De aquí en adelante deseo poder ayudarlos de alguna manera y que después me recuerden, simplemente, como a un amigo.

Sólo añadiré que en Mendoza encontré la mujer que a diario me ayuda y que soporta mis frecuentes rachas de perplejidad o de injustificables enojos. Fue alumna mía y si me eligió por marido parte de la responsabilidad es de esta Facultad. Tres de mis hijas, Mariana, Vera y Julieta, son mendocinas. Leonor, la mayor, ahora en Buenos Aires, pasó aquí su infancia.

Si alguna vez he sido injusto con alguien, le pido disculpas. Gracias a todos y por todo. Hace exactamente cuarenta y ocho años, un diez de noviembre, murió el hombre a quien incomparablemente más debo. Su ejemplo jamás ha dejado de acompañarme. Permítanme que asocie su figura de maestro a este acto en la ilusión de que no he defraudado por completo sus esperanzas.